



aguardó á que el rey pasase por aquella parte; sucedióle como lo deseaba; preguntóle si quería saber nuevas de Levante, que le diria cosas maravillosas y jamas oidas, porque acababa de llegar de aquellas partes. Llegóse el rey cerca para oírle, y él le intimó entónces las bulas del Papa; esto hecho, luégo con grandísima velocidad se fué el rio abajo á vela y remo; ayudábale la menguante en que las aguas de la creciente del Océano volvian á bajar, así pudo más ligerante escaparse.

El rey enojóse mucho con la burla, y como fuera de sí, desnuda la espada, y arrimadas las espuelas al caballo, se lanzó en el rio, tiró una gran cuchillada al arcediano, que por no le poder alcanzar dió en la galeota, sin desistir de seguille hasta tanto que el caballo no podia nadar de cansado; corriera gran peligro de ahogarse, si no le acorrieran prestamente con un barco en que le recogieron muy encolerizado. Decía á grandes voces que él quitaria la obediencia al Papa, que tan violenta y suciamente regia la iglesia; procuraria otrosí que hiciesen lo mismo los reyes de Aragon y de Navarra; además que aquella injuria él la vengaria muy bien con las armas y con hacer guerra á sus tierras. Esto dijo con los ojos encarnizados y hechos áscuas, y con la voz muy fiera, alta y descompuesta; las afrentas amenazas y desacatos que dijo contra el papa, más le desdoron á él que agravieron al padre santo. Mandó luégo apercebir una armada y hacer grandes llamamientos de gentes de guerra.

El papa, vista la furiosa condicion del rey D. Pedro, se determinó de aplacalle de la mejor manera que pudiese; para hacello con mayor autoridad le envió un legado que fué un sobrino suyo, cardenal de San Pedro, que le absolvió de la excomunion, y hizo las amistades entre él y su tío con estas condiciones: Que consumido el oficio y nombre de maestre de San Bernardo, todos aquellos pueblos de allí adelante tuviesen su antiguo nombre de behetrías y fuesen del patrimonio real, á tal empero que no pudiesen ser entónces ni en algun tiempo dados, ni vendidos, ni enajenados; guardóseles este respeto y preeminencia por ser bienes de religion y eclesiásticos. Demas desto, que la tercera parte

de las décimas que llevaba á la sazón el papa de los beneficios, fuese del rey para ayuda á la guerra de los moros. Que el papa otrosí sin consentimiento de los reyes de Castilla no pudiese en sus reinos dar obispados ni maestrazgos, ni el priorato de San Juan, ni otros mayores beneficios. Esto se lo concedió teniendo consideracion al sosiego comun y al bien general de la paz, puesto que era contra la costumbre y uso antiguo. Es cosa notable y maravillosa que por contemplacion ni respeto de ningun príncipe quisiese el papa perder en España tanto de su derecho ni autoridad; en tanto se tuvo en aquella era el sanar la locura de un rey, que primero con sus trabajos y ahora con la victoria andaba desatinado.

Llegado D. Enrique á Francia, no perdió el ánimo, sabiendo cuán várias y mudables sean las cosas de los hombres, y que los valientes y esforzados hacen rostro á las adversidades y vencen todas las dificultades en que la fortuna los pone; los cobardes desmayan y se rinden á los trabajos y desastres. El conde de Fox, á cuya casa primero aportó, le recibió muy bien y hospedó amigablemente, aunque con recelo, no le hiciesen guerra los ingleses porque le favorecia. De allí fué á Villanueva, que es cerca de Aviñon, para hablar á Luis, duque de Anjou y hermano del rey de Francia, en quien halló mejor acogimiento del que él podia esperar; socorrióle con dineros, y dióle consejos tan buenos, que fueron parte para que sus cosas tuviesen el próspero suceso que poco despues se vió. Envió por inducimiento y aviso del duque con su embajada á pedir al rey de Francia su ayuda y favor para volver á Castilla. Fué oido benignamente, y determinóse el rey de favorecerle: á la verdad, la mucha prosperidad y buenos sucesos de los ingleses le tenían con mucho miedo y cuidado; tenía asimismo en la memoria los agravios que D. Pedro le habia hecho y la enemiga que tenía con él. Respondióle, pues, con mucho amor, y propuso de le ayudar con gente y dineros: dióle el castillo de Perapertusa en los confines de Ruissellon, en que tuviese á su mujer é hijos, ca desconfiados del rey de Aragon se retiraron á Francia; mandóle otrosí dar el condado de Se-



seno, en que pudiese vivir en él entre tanto que volvía á cobrar el reino de Castilla, de donde cada dia se venian á él muchos caballeros que fueron presos en la batalla de Nájara, y estaban ya rescatados y librados de la crueldad del rey D. Pedro, que los ingleses los escaparon de sus manos.

De los primeros que se pasaron y acudieron en Francia á D. Enrique fué D. Bernal, hijo del conde de Fox, señor de Bearne, á quien el rey D. Enrique, despues de acabada la guerra, en remuneracion de este servicio le dió á Medina-celi, con título de conde. Fué casado este príncipe con doña Isabel de la Cerda, hija de don Luis y nieta de D. Alonso de la Cerda, el Desheredado, de quien los duques de Medinaceli (sin haber quiebra en la línea) se precian descender. Hallóse tambien con D. Enrique el conde de Osona, hijo de Bernardo de Cabrera, el cual, despues que estuvo preso en Castilla, sirvió en la guerra á D. Pedro por el gran sentimiento que tenía de la muerte de su padre: finalmente, puesto en su entera libertad, se pasó á D. Enrique con propósito de serville y seguir su fortuna hasta la muerte. Demas desto, le avino bien á D. Enrique en que el príncipe de Gáles se volvió en estos dias á Guiena, enojado y mal satisfecho de D. Pedro, porque ni le entregó el señorío de Vizcaya, que le prometió, ni le pagó los empréstitos que le hiciera, ni á muchos de los suyos el sueldo que les debía.

Demas desto, en Castilla le comenzaba á ayudar la fortuna, ca muchos grandes y caballeros habian tomado su voz y hacian guerra á D. Pedro; en particular, se tenían por él las provincias de Guipúzcoa y Vizcaya, y las ciudades de Segovia, Ávila, Palencia, Salamanca, y la villa de Valladolid y otros muchos pueblos del reino de Toledo; cada dia se reforzaba más su bando y parcialidad; su enemigo mismo le ayudaba con hacerse por momentos más odioso con su mal modo de proceder y desvariados castigos que hacia en los suyos. Juntado, pues, D. Enrique su ejército, entró en Aragon por las asperezas de los Pirineos llamadas Valdeandorra; pasó por aquel reino con tanta presteza, que primero estuvo dentro de Castilla, que pudiese el rey de Aragon atajarle el paso, si bien puso

para estorbársele toda la diligencia que pudo.

Llegado D. Enrique á la ribera del rio Ebro, preguntó si estaba ya en tierra de Castilla; como le respondiesen que sí, se apeó de su caballo, y hincado de rodillas hizo una cruz en la arena, y besándola, dijo estas formales palabras: «Yo juro á esta significanza de cruz, que nunca en mi vida, por necesidad que me venga, salga de Castilla; ántes que espere ahí la muerte, ó estaré á la ventura que me viniere.» Fué importante esta ceremonia para asegurar los corazones de los que lo seguian é inflamallos en la afición que le tenían. Vuelto á subir en su caballo, fué con todo su campo á Calahorra, que por aquella parte es la primera ciudad de Castilla; entró en ella el dia del Arcángel San Miguel, con mucho contento y regocijo de los ciudadanos y de muchos del reino que luégo de todas partes acudieron, ca andaban unos desterrados y otros huidos de miedo de la crueldad del rey su hermano.

De Calahorra se partió á Búrgos; allí fué recibido con una muy solemne procesion por el obispo, clerecía y ciudadanos de aquella ciudad. Halló en el castillo preso á D. Felipe de Castro, un grande del reino de Aragon, casado con su hermana doña Juana, que le prendieron en la batalla de Nájara; mandóle luégo soltar, y hízole donacion de la villa de Paredes de Nava, y de Medina de Riossco y de Tordehumos. Por el contrario, prendió en el mismo castillo á D. Jaime, rey de Nápoles, y hijo del de Mallorca, que se quedara en Búrgos despues que se halló en la batalla por parte del rey don Pedro, y ahora, cuando vió que recibian á don Enrique, se retiró al castillo para defenderse en él con el alcaide Alfonso Fernandez. Con el ejemplo de la real ciudad de Búrgos, otras muchas ciudades tomaron la voz de D. Enrique, quitado el miedo que tenían, el cual no suele ser buen maestro para hacer á los hombres constantes en el deber y en hacer lo que es razon. Sosegadas las cosas en Búrgos, pasó con su campo sobre la ciudad de Leon, que á cabo de algunos dias se rindió á partido el postrero dia de Abril del año de mil y trescientos y sesenta y ocho.

En la imperial ciudad de Toledo unos que-



rian á D. Enrique: la mayor parte sustentaba la opinion de D. Pedro, escarmentados del riguroso castigo que hizo allí los meses pasados, y de miedo de la gente de guerra que tenía allí de guarnicion, que eran muchos ballesteros y seiscientos hombres de armas, cuyo capitan era Fernando Alvarez de Toledo, alguacil mayor de la misma ciudad. Tenía D. Enrique en su ejército mil hombres de armas: con estos y con la infantería, que era en mayor número, no dudó de venir sobre una ciudad tan grande y fuerte como Toledo, y tenerla cercada. Tenía por cierto que apoderado que fuese de una ciudad y fuerza semejante, todo lo demas le sería fácil de acabar. Asentó sus reales en la vega que se tiende á la parte del Setentrion á lasaldas de la ciudad: puso muchas compañías en los montes que están á la otra parte del rio Tajo: este gran rio como con un compás, rodea las tres cuartas partes de la ciudad, corre por la parte del Levante, y revuelve hácia mediodía y poniente. Para que se pudiese pasar de los unos reales á los otros, y se favoreciesen en tiempo de necesidad, mandó fabricar un puente de madera que fué despues muy provechoso. Los toledanos sufrían constantemente el cerco, puesto que harto inclinados á D. Enrique, mas no osaban admitille en la ciudad por miedo no lo pagasen los rehenes que consigo se llevara don Pedro, que eran los más nobles de Toledo.

La ciudad de Córdoba en este tiempo, quitada la obediencia á D. Pedro, seguía la parte de D. Enrique con tanto pesar y enojo de su contrario, que no dudó de pedir al rey de Granada le enviase su ayuda para ir á cercar. Envióle M. homad gran número de moros jinetes, con que y su ejército puso en gran estrecho la ciudad, y la apretó de manera que un

dia estuvo á punto de ser entrada, ca los moros á escala vista subieron la muralla y tomaron el alcázar viejo. Acudieron los cordobeses, considerado el peligro y cuán sin misericordia serían tratados si fuesen vencidos; y pelearon aquel dia con gran desesperacion, y rebatieron tan valerosamente los moros, que mal de su grado los forzaron á salir de la ciudad: á muchos hicieron saltar por los adarves, y les tomaron las banderas y fueron en pos dellos hasta bien léxos. Señaláronse mucho este dia en valor las mujeres cordobesas, ca visto que era entrada la ciudad por los moros, no se escondieron, ni cayeron en sus estrados desmayadas, sino con varonil esfuerzo salieron por las calles y á los lugares en que sus maridos é hijos peleaban, y con animosas palabras los incitaron á la pelea; con esto los cordobeses tomaron tanto brío y coraje que pudieron recobrar la ciudad que ya se perdía, y hacer gran estrago y matanza de sus enemigos.

Desesperados los reyes de poder ganar la ciudad, levantaron el cerco: D. Pedro se fué á Sevilla á proveer lo necesario para la guerra, que todo se hacia más despacio y con mayores dificultades de lo que él pensaba: el rey de Granada, sin que D. Pedro le fuese á la mano, saqueó y robó las ciudades de Jaen y Úbeda, que á imitacion de Córdoba seguían el bando de don Enrique taló; otrosi lo más de los campos del Andalucía, con que llevaron los moros á Granada gran muchedumbre de cautivos, tanto que fué fama que en sola la villa de Utrera fueron más de once mil almas las que cautivaron. Con esto toda la Andalucía se via estar llena de llantos y miseria: por una parte los apretaban las armas de los moros, por otra la crueldad y fiereza de D. Pedro.

Que el rey D. Pedro fué muerto.—D. Pedro resuelve buscar á su enemigo y darle la batalla.—Es muerto por D. Enrique en la misma tienda de Claquin.—Que D. Enrique se apoderó de Castilla.—Toledo se rinde.—Cómo murió D. Tello.—Los portugueses desde Ciudad-Rodrigo hacen correrías en las cercanías de esta ciudad.—D. Enrique la pone sitio y no la puede tomar.—De las bodas del rey de Portugal.—D. Enrique pone sitio á Carmona.—Se ponen en fieltad los pueblos sobre los cuales era la diferencia, hasta que el papa pronunciasse la sentencia.—De otras confederaciones que se hicieron entre los reyes.—Una nueva guerra amenaza á D. Enrique de parte del rey de Aragon.—El papa envia un cardenal para concertarlos.—Se conciertan las paces por medio del legado del papa.—De las paces que se hicieron con el rey de Aragon.—Procura apartar de la amistad de la Francia al rey D. Enrique.—Hacen las paces los reyes de Castilla y Aragon.—Algunos casamientos de príncipes.—El papa Gregorio XI restablece su silla en Roma.—Beltran Claquin vende al rey D. Enrique las ciudades y pueblos que le habia dado.

El rey D. Pedro desamparado de los que le podían ayudar, y sospechoso de los demas, lo que solo restaba, se resolvió de aventurarse, encomendarse á sus manos y ponerlo todo en el trance y riesgo de una batalla: sabia muy bien que los reinos se sustentan y conservan más con la fama y reputacion que con las fuerzas y armas. Teniale con gran cuidado el peligro de la real ciudad de Toledo: estaba aquejado y pensaba cómo mejor podría conservar su reputacion: esto le confirmaba más en su propósito de ir en busca de su enemigo y dale la batalla. Procuráronselo estorbar los de Sevilla: decíanle que se destruía y se iba derecho á despeñar; que lo mejor era tener sufrimiento, reforzar su ejército y esperar las gentes que cada dia vendrían de sus amigos y de los pueblos que tenían su voz. Esto que le aconsejaban, era lo que en todas maneras debiera seguir, si no le cegáran la grandeza de sus maldades, y la divina justicia, ya determinada de muy presto castigallas.

Estando en este aprieto, sucedióle otro de-

CAPÍTULO III

sastre, y fué que Vitoria, Salvatierra y Logroño, que eran de su obediencia, fatigadas de las armas del rey de Navarra, y por falta de socorro por estar D. Pedro tan léjos, se entregaron al navarro. Ayudó á esto D. Tello, el cual si estaba mal con D. Pedro, no era amigo de su hermano D. Enrique, y así se entretenía en Vizcaya sin querer ayudar á ninguno de los dos. Proseguíase en este comedio el cerco de Toledo. Y como quier que aquella ciudad estuvie e (como dijimos) dividida en aficiones, algunos de los que favorecian á D. Enrique intentaron de apoderalle de una torre del muro de la ciudad que miraba al real, que se dice la torre de los abades. Como no les sucediese esa traza, procuraron dale entrada en la ciudad por el puente de San Martin, sobre lo cual los de un bando y del otro vinieron á las manos, en que sucedieron algunas muertes de ciudadanos. Sabidas estas revueltas por el rey don Pedro, dióse muy mayor priesa á ir á socorrer, por no hallarla perdida cuando llegase. Para ir con menor cuidado mandó recoger sus